



Cartografías literarias

Gregory Zambrano

Prólogo de
Francisco
Javier Pérez

2008



el otro  el mismo

Cartografías literarias

Gregory Zambrano

Cecilio Acosta: Pensador del Nuevo Mundo.

*Ya está hueca y sin lumbre,
aquella cabeza altiva,
que fue cuna de tanta idea grandiosa.*

José Martí

Vocación del saber

En el siglo XIX era más o menos frecuente encontrar en muchos intelectuales una serie de facetas que se insertaban social y culturalmente en su praxis como polígrafos. Esto significaba considerar la noción de *escritor* y el papel que éste desempeñaba en el entorno. Lo anterior también presupone la atención que el sentido de la recepción tenía como consecuencia perceptiva por parte de los otros. El caso de Cecilio Acosta (1818–1881) es singular por cuanto su praxis intelectual también estuvo ligada íntimamente a su desempeño como hombre de leyes. Pero ¿qué hay detrás, antecedendo a estas actuaciones? Por supuesto que una formación intelectual excepcional, situada en el contexto mismo de la apropiación significativa del humanista, formado en una coyuntura polémica que sacudía las aguas de la ciencia, el arte y la cultura, lo cual conformaba, desde el punto de vista intelectual, un nuevo mundo: de ideas, de leyes, de prácticas sociales, de saberes.

Ese nuevo mundo nutría de manera productiva al intelectual curioso, y especialmente a hombres que, como Acosta, vivieron

urgidos de conocimientos. Muy temprano se hizo sólida su condición de educador, quizás en ello influyó su formación inicial, que estuvo en manos de Mariano Fernández Fortique, quien además de educador era también un reconocido orador y escritor. Esa misma vocación se refuerza cuando en 1831 ingresó al Seminario Tridestino de Santa Rosa, donde su disciplina de estudio fue al lado de su vocación religiosa hasta 1840, año en el cual pasó a la Universidad de Caracas para cursar Filosofía y Derecho, graduándose en 1848. Como era de esperarse al cabo de sus estudios, impartió clases de economía política y de legislación universal, civil y criminal. También se desempeñó como secretario de la Facultad de Humanidades en esa misma Universidad.

La razón en las ideas

Las letras, con su entramado de vértigos cambiantes, las artes como escenario de una realidad construida en consecuencia del deseo, y una tradición de pensamiento heredado y resignificado, fortalecieron su camino hacia el estudio. La estirpe intelectual de Cecilio Acosta se corresponde con otros importantes pensadores y escritores de su época: Juan Vicente González, Fermín Toro y Rafael María Baralt, por ejemplo, todos ellos herederos de una crisis no sólo política sino espiritual que se resume de manera muy especial en el emblema que definió a toda una generación de intelectuales, formada en los fragores de la Independencia. Son ellos quienes inauguran la República. Pero son también estudiosos y apasionados por el conocimiento, iban de los clásicos al dominio de la lengua latina y así al contacto con otras tradiciones culturales que fueron decisivas en el desarrollo de su pensamiento.

Con el correr de los años los elementos del saber debían ser aplicados a las disciplinas que entonces echaban las bases del desarrollo del país. Eran, principalmente, los que tenían que ver con el progreso material: la industria, la electricidad, la imprenta, el vapor,

el telégrafo, junto a otros elementos, que debían constituirse en claves para el desarrollo espiritual: los trabajos de síntesis histórica, el conocimiento del idioma, el discernimiento jurídico, el problema de la propiedad y el fenómeno de la inmigración, entre otros. Así por ejemplo, ante la posibilidad de que Acosta –como pasó con otros intelectuales– asumiera un papel pasivo y conservador con respecto a la dinámica cambiante del idioma, se abre a la consideración y hasta el elogio del enriquecimiento que había significado para el idioma incorporar el nuevo léxico de la ciencia y de la técnica del momento.

En tal sentido, podemos apreciar cómo en muchos de sus escritos se iba intercalando la meditación sobre la idea de progreso y su impacto en lo que luego dio forma a la impronta positivista de civilización. Por supuesto, mediando entre todos estos factores, se encontraba la prédica ideológica sobre las necesidades de afianzar los procesos de instrucción que requería Venezuela para que fueran realidad esos necesarios avances.

Bien es sabido que en 1846 su firma comienza a distinguir un estilo nuevo que se reconoce de inmediato en *La Época* y *El Centinela de la Patria*. En las páginas de esos periódicos caraqueños se van a difundir sus reflexiones sobre el país, las cuales permean la tensa pugna entre conservadores y liberales. Quizás sea poco decir que su pensamiento cabalga sobre dos grandes núcleos que habrían de distinguir toda su obra posterior. Por un lado un profundo humanismo, y por el otro su abierto apego al liberalismo. En una carta a Rufino José Cuervo, en 1878, escribió: “Y no me venga nadie a echarme en cara mis ideas: yo siempre he defendido las más liberales en política, en administración, en instrucción, en imprenta, en industria, y estoy delantero como el que más; eso sí, sin separarme de la filosofía, de las prácticas racionales ni del derecho. Lo que quiero es, que haya progreso sin saltos, y vida social sin dolencias; que no hagamos el de necios por el papel de novadores; que no seamos

vergüenza propia y escándalo ajeno, y que el sucio vicio y la vil abyección sean reemplazados por el alto carácter y la gentil libertad”¹.

La obra de Cecilio Acosta se conformó, de manera diversa como uno de los modelos más visibles y ejemplares de su época. Por ello la historia no ha desestimado el ascendiente moral que su vida y su obra ejercieron sobre las generaciones que le siguieron. Y eso se evidencia desde los cambios políticos, sociales, económicos y de infraestructura, que se introducen en Venezuela, y que se perciben como una transformación radical, principalmente en Caracas, después de 1870, cuando se inaugura el septenio guzmancista y el positivismo se convierte en una especie de panacea para muchos científicos e intelectuales.

En ese marco, desde la Universidad de Caracas se hizo sentir el impacto del positivismo y la presencia de Acosta sirvió como un norte para muchos jóvenes y, al mismo tiempo, conformó un puente entre esa tradición humanística que tenía en Bello su mayor exponente y las nuevas estéticas que entraban en juego. Acosta comprendía el fenómeno y de manera simultánea creaba nuevas perspectivas para valorar la inquietante sensibilidad del momento.

Como ejemplo, no basta sino mencionar algunos nombres de contemporáneos suyos que le distinguieron con su amistad y reconocimiento, como Lisandro Alvarado, o Gonzalo Picón Febres, o el significativo homenaje de José Martí quien tanto sembró en su breve paso por Caracas en 1881 y que reconoció en Acosta a una inteligencia, un ánimo y una visión excepcional: “Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de su destino, y no atada como reo antiguo a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, de hacer entrar en ella savia nueva”².

Esta amistad, que fue breve pero intensa, dejó huella en el registro historiográfico y en el pensamiento creativo de otros artistas que han retomado la esencia de ese encuentro de afinidades emblemáticas.

Por ejemplo, leemos en el “Diario de Leonora” una de las voces que construye la historias de *Solitaria solidaria* (1990), la novela de Laura Antillano, quien va a ficcionalizar desde la invectiva, pero también desde la inferencia documental, el encuentro sostenido entre Leonora y el mismo Martí, cuyo referente dialógico es el mirandino: “De don Cecilio Acosta me habló con premura, apenas unos datos, pero yo vi que todos apuntaban a describir que ha dado batallas y ha perdido muchas, sin perder por ello la decencia y la razón en las ideas”³.

Pero qué ironía del destino, si vemos cómo su existencia se caracterizó por la carencia material, el sesgo amenazante de la política que parece devorar a su paso todo aquello que no se dejaba arrastrar en su vorágine. Allí Acosta también es paradigmático. Pobre de bienes materiales, pero rico de dignidad y saber, cuyo decoro ha hecho a muchos estudiosos compararlo con un santo. Pero también demasiado humano como para no dejar ver que su existencia haya sido en tanto pensador y servidor público, académico y hombre de leyes, más que el testimonio de un ser sufriente, entregado a su tiempo y con la certeza de estarle haciendo guiños al futuro. Podríamos decir que Acosta no escapó a eso que Hugo Achugar llama «La tentación del augur». El augur interpretaba los signos de la naturaleza, los signos de los sueños, los signos presentes en las palabras enigmáticas de las Sibilas y las Esfinges. Su tarea era hacer claro lo oscuro. Volver a la superficie lo que estaba enterrado. Descubrir lo que estaba o había sido encubierto. En cierto modo, su tarea también consistía en recordar lo que la tribu había olvidado, no tenía presente o demandaba ser interpretado”⁴.

De allí su trascendencia. Aunque quizás de él también –como de muchos otros hombres que ayudaron a conformar la nación– sólo se recuperen junto a unas cuantas ideas, algunas anécdotas y así su existencia plena y luminosa se reduzca al estatuto de un mito, porque sus obras todavía esperan lectores capaces de distinguir en aquel pensamiento no sólo la asunción definitiva de su tiempo sino una constante lección para el presente. Por ello es significativa la

sobrevivencia de su ideario. Qué decir de su ensayo “Cosas sabidas y cosas por saberse”, publicado en 1856, que si bien puede ser leído como *paideia*, también es una pieza oratoria que se hace lugar entre los clásicos ensayísticos del siglo XIX, como ejemplo en la búsqueda de perfección en la expresión de las ideas.

Razón, humanidad, sabiduría

Las trazas de la vida de Acosta dejan ver un espacio único entre la asunción del deber cívico y el nuevo orden político que emergía con el gobierno de Antonio Guzmán Blanco desde 1870, y ante el cual parecía difícil resistir. Mientras que un buen grupo de intelectuales y artistas fueron perseguidos, silenciados o expulsados, otros sucumbieron ante la lisonja y los favores; muchos terminaron por conformar un grupo de aduladores y seguros servidores. Las excepciones son honrosas, dentro y fuera del país, Cecilio Acosta, Juan Antonio Pérez Bonalde, Nicanor Bolet Peraza, José Martí, entre otros. La preeminencia megalómana de Guzmán Blanco era contrarrestada por el silencio discreto de Acosta quien asumió como responsabilidad civil reordenar la opinión pública de los ciudadanos, despertarlos de ese letargo que formaba parte de la herencia colonial. En ese marco de transformaciones que imponía el septenio guzmancista, Cecilio Acosta encendía las páginas de *La tribuna liberal*. La humildad, la prudencia del ser reflexivo frente a otra personalidad controvertida, vehemente y autoritaria.

El país en el que se formó Acosta tenía mucho de la impronta vertiginosa que desde el punto de vista político se formó en Venezuela desde 1830, después de la muerte del Libertador. Desde el punto de vista cultural, se vinculaba con la élite intelectual que lideraba los asuntos políticos: sus contemporáneos y las más de las veces sus interlocutores eran Juan Vicente González, Manuel Felipe Tovar, José María Vargas, Santos Michelena y Antonio Leocadio Guzmán, quien sería ya al final de su vida, uno de sus más severos opositores.

Eran aquellos tiempos de enconados debates, de dardos lanzados con veneno desde las páginas de los periódicos. Era habitual en el ejercicio de la política el lucimiento de la elocuencia como prenda personal y, afianzada en la diatriba, ésta se tornaba la más peraltada consigna de la oratoria. Frente al patrón beligerante que se imponía en el país desde que “Antonio Leocadio Guzmán empieza a incendiar la mente colectiva de las masas populares con el periódico *El venezolano*, Cecilio Acosta aparece contraído de lleno a sus estudios de Derecho Civil, Filosofía y Cánones”⁵, pero más que “masas populares”, que seguramente vistas así no tenían muchas opciones de acceso a la lectura, quizás sí a algunos periódicos, esa opinión pública estaba dirigida a las élites intelectuales y políticas que hacían vida activa en esa Caracas tristísima, como en su momento la describió Humboldt, y que también se mostraba retratada en las primeras contribuciones de Acosta en *La época*, *El Centinela de mi Patria* y *El Federal*, periódicos que acogen sus primeros escritos públicos, desde 1864. Acosta era, junto a todos esos paradigmas de representación social, un gran lector, con todo el prestigio que eso representaba en el siglo XIX y que significaba de manera plena una condición de ciudadanía.

El tono de Acosta era el de un hombre preocupado por explicar los fenómenos sociales, los hechos cotidianos como consecuencia de una crisis; esto es, ve en el deslinde de las formas de vida el signo de cada tiempo. Historia y sociología se suman para explicar los fenómenos políticos más allá de su inmediatez. Busca la fuente directa pero también interviene, no para insuflar los ánimos ya bastante ríspidos entonces sino para disuadir, para conciliar. Escribe al respecto Virgilio Tosta: “Con muy acertado criterio, Acosta sabía que el político, además de conocer la ciencia propia del Hombre de Estado, debía también estudiar a fondo las interrelaciones sociales. El político de veras suele darse la mano con el sociólogo. Pero Acosta entendía igualmente, que la tarea del gobierno implicaba una actitud

pedagógica”⁶. La naturaleza doctrinaria de su formación era el sustento de sus principios políticos, su forma de asumirse en el mundo y en relación con los otros. De allí su modestia vital, casi ascética, que llenaba de dignidad la pobreza que acompañó sus últimos días. Era esa la praxis de su doctrina, la aprendida en el consejo del padre Fernández Fortique, su mentor en el breve tránsito seminarista. Acosta descrea de las rupturas violentas que tan bien se encargaban de justificar los auspiciantes de las revueltas, también entonces, llamadas revoluciones. Acosta cree más en el poder de la razón, del diálogo, de las instituciones, por ello su ideario es conciliador, pacifista, que opone las ideas frente a la fuerza.

El horizonte de la perplejidad

Cecilio Acosta es un pensador del mundo nuevo, no en el sentido colonialista ni meramente descriptivo. Es un observador a veces optimista de su entorno. Su contexto histórico parece revuelto en su propia naturaleza inestable. Frente a los valores garantes de la paz pública, del anhelo colectivo, se imponen las prácticas personalistas, la improvisación, el oportunismo, la política de la violencia institucionalizada. Ante ese mundo nada alentador, Acosta mantiene su perplejidad. Estudia, reflexiona, discute. Su naturaleza, tan destacada, de hombre pacífico, el “buen don Cecilio”, como lo llama Domingo Miliani, se confronta con ese mundo que dista mucho del ideal: pacífico, institucionalizado, garante de las libertades públicas y sobre todo, del pensamiento.

Por ello no es de extrañar la reticencia de Acosta con la causa política. Sus reservas, que se sustentan en su personalidad acuciosa, lo mantuvieron siempre al lado de la idea enriquecedora de la distancia crítica. Esperanzado, veía a cada nuevo gobierno que llegaba al poder, con expectante optimismo. Esto, desde el gobierno de José Antonio Páez hasta el de Juan Crisóstomo Falcón, el general triunfante de la Revolución Federal y que había alimentado sus

expectativas políticas en función del bien colectivo, pasando por la presidencia de Carlos Soublette (1789-1870), quien gobernó entre 1837-1839 y 1843-1847, y la hegemonía de los Monagas.

Lamentablemente su optimismo cada vez terminaba en desencanto. Era lógico esperar que la nueva opción gubernamental enriqueciera los cauces del orden, de la paz y la justicia social; pero ese optimismo se desvaneció, y su reserva de pensador prudente lo fue convirtiendo en un estoico, decepcionado y tanto más cuando debió sufrir la derrota de su ideario frente al portento de la violencia institucionalizada.

El abismo de la indiferencia

La vuelta de Antonio Guzmán Blanco al poder en 1880 significó para Cecilio Acosta el naufragio de sus esperanzas, así también para todos aquellos que habían manifestado públicamente su distancia, o cuestionaron al «ilustre americano» al culminar el septenio. Volvería entonces para culminar el proyecto comenzado años atrás. Como escribe Elías Pino Iturrieta en *País archipiélago*: Guzmán “está dispuesto a remendar el capote del pasado, quiere hacer la tarea pendiente de acabar con la barbarie, pretende liquidar las trabas del gobierno, quiere burócratas fieles y competentes, hombres saludables, instituciones progresistas, carreteras eficaces y bonanza material”⁷. La muerte repentina de Linares Alcántara posibilitó un nuevo periodo gubernamental, el quinquenio, el cual le sirvió a Guzmán para, entre otras acciones propias del jefe de estado, pasar factura a quienes lo habían cuestionado en el pasado.

La espera inútil

Los años de juventud ya consumidos, tenían al fin una compensación: Acosta creía que lo importante era persuadir con la razón y superar el sofisma que llevaba al colectivo a seguir las palabras

mágicas de una verdad política que había causado al país demasiado dolor, demasiada muerte. Cecilio Acosta, con el don de gentes que sus contemporáneos le reconocen, que era como decir de civilidad, fue atacado por Antonio Leocadio Guzmán, quien le llamó «Cirineo de Bolet Peraza», y además «oligarca empedernido». Qué ironía, llamar oligarca al modesto de don Cecilio. Al parecer esta afrenta lo sacó por fin de su franciscana tolerancia, y como testimonio de su irritación escribió —o dictó a su secretario Víctor Antonio Zerpa, como dicen unos— su texto narrativo “Los espectros que son y un espectro que ya va a ser” (1877), que está lleno de humor, de ironía y es también por toda su carga correctiva una magnífica sátira⁸.

Poner el corazón en la armonía del verbo

Como Bello, amó el conocimiento, alimentó su ideario pedagógico con ejemplo ciudadano. El sentido del ser ciudadano viene acompañado de una simbiosis, que al igual que al poeta de la silva “A la agricultura de la zona tórrida” lo unifica en la relación entre el hombre y el paisaje. Por esa razón estimamos como una herencia ya clásica, dos textos del mirandino que no escapan a los paradigmas del nativismo. Por un lado, tal y como se le recupera desde la lectura de “La casita blanca” y, por otra parte, su modélica epístola, “Cosas sabidas y cosas por saberse”, pilar fundamental de una forma literaria que ayudó a modelar en nuestro país el ensayo, como una forma de expresión ideal. Dice en el texto citado: “La vida es obra, y los pueblos que más obren serán los más civilizados. La acción debe ser varia para que sea abundante, cooperativa para que sea eficaz, ilustrada para que sea provechosa. Si el hombre no está en contacto con el hombre, y la humanidad con la naturaleza, su patrimonio y su regalo, la felicidad pública es una esperanza que se sueña, pero no una realidad que se posee”⁹.

En general, y creo que no es un acto de injusticia, toda la obra de Cecilio Acosta es la manifestación de un hombre de conciencia que

no pocos han dudado en calificar como buena y limpia. Y su acción, discreta, pacífica, era también una forma de ejercer políticamente su doctrina liberal. Es curioso ver, por ejemplo, el ejercicio de extrañamiento, de enmascaramiento que como recurso literario emplea en su enigmático texto “Los espectros que son y un espectro que ya va a ser”. Allí dice el narrador, atribuyéndole a otro el discurrir: “Cecilio Acosta ha sostenido siempre las doctrinas liberales, quiere gobierno de leyes, el ejercicio de todas las libertades, paga lo que debe, no engaña, no calumnia, no persigue, ha sido buen hijo, es buen hermano, buen ciudadano, buen amigo, y sólo enemigo de las tiranías y por todo, universalmente querido y respetado en Venezuela, en el resto de América y en Europa, en donde, como en nuestro continente, tiene las más altas distinciones”¹⁰.

Así, un horizonte que iba más allá de las fronteras, emparenta a Cecilio Acosta con otros grandes pensadores para quien la educación es el pilar fundamental de la sociedad: Bello, Hostos, Alberdi, Martí, todos a su manera, buscaban consolidar eso que más tarde Pedro Henríquez Ureña llamó “la utopía de América”, que no era más que una preocupación por el destino de la nueva América.

Al hacer un balance de los aportes de estudiosos y pensadores de la actualidad venezolana del 900, Gonzalo Picón Febres destaca algunas de las contribuciones de Acosta: “Y si en la descripción de la raza, del carácter nacional, de la índole de los venezolanos, de las costumbres públicas y privadas, y de las preocupaciones populares que han reinado en las diversas épocas de nuestra vida política; si en la descripción de esos aspectos, no menos que de los hábitos adquiridos a la sombra del personalismo, y de cierta inclinación natural a no ajustarnos por completo al cumplimiento de las leyes, sino a abusar de la libertad o a pasar por sobre todo con los procedimientos arbitrarios, se encuentra muchas veces la explicación satisfactoria de los acontecimientos históricos, también deben ser consultados los importantes estudios sobre sociología venezolana

publicadas por [...] Cecilio Acosta”¹¹, y enumera, principalmente, “Cosas sabidas y cosas por saberse”, “Estado político moral de las repúblicas hispano-americanas”, “Los partidos políticos”, “Consideraciones sobre política general y de actualidad”.

Don Gonzalo Picón Febres, tenido como un áspero crítico de nuestras letras, defiende a Acosta de la superficial categorización que le endilga José María de Rojas en su también importante *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* (1875): “Para el señor marqués de Rojas [...] Cecilio Acosta es simplemente un “distinguido filólogo, enamorado del culto a los clásicos”. Decir esto (y tan mal dicho, porque los dos términos de la cláusula no tienen ninguna afinidad) respecto de un hombre de la altura intelectual de Cecilio Acosta, orador, filósofo, poeta, jurisconsulto y crítico, todo en grado eminentísimo, equivale a decir una frivolidad incomparable, y primero que nada es una falta desatentada de justicia, completamente imperdonable en un historiador que aspira a que se le considere sensato, sincero e ilustrado”¹².

Y también lo defiende con vehemencia, una especie de fervor, que es ejercicio de justicia y honestidad intelectual, frente a las ligeras opiniones de Felipe Tejera en sus *Perfiles venezolanos* (1881)¹³. Después de unos contundentes alegatos en descargo de don Cecilio, termina diciendo: “Cecilio Acosta era hombre de una sola pieza, y por eso no tuvo flexibilidad política; sabía que engañar es inmoralidad vitanda, y por eso no transigió con el poder, ni se dejó seducir por sus halagos tentadores; antevió el fin con mirada de pensador profundo, y por eso no quiso emplear los medios de la claudicación en sus ideas”¹⁴.

El optimismo tenía su precio, que don Cecilio Acosta pagó con creces, en una vida de privaciones, de sobrevivencia. Por ello, ya al final de su vida, el hombre a quien encontró José Martí, aquel ilustre visitante, le faltaban los días pero le sobraban las virtudes, la sabiduría, la dignidad, el decoro. Su vida era el ejemplo que se excluía del centro

agitado de la vida pública y se sumía en el borde, en la periferia diríamos hoy, para desde allí resignificar su vida, su pensamiento, su obra, el legado que hoy lo libera de sus circunstancias más penosas y lo erige en ejemplo de ciudadano, de pensador, de venezolano, que como bien lo expresara Mariano Picón-Salas, es una difícil profesión, no sólo asumirse como tal, sino lo que es realmente admirable, serlo de manera cabal.

Mérida, abril de 2002.

Notas

- ¹ Cecilio Acosta, “Carta a don R. J. Cuervo”, Caracas, 15 de febrero de 1878, *Obras Completas*, Caracas, Empresa El Cojo, 1908-1909, Vol. III, p. 17.
- ² José Martí, “Cecilio Acosta”, *Obras escogidas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, t. 1, p. 186.
- ³ Laura Antillano, *Solitaria solidaria*, 2ª ed. Mérida, El Otro el Mismo, 2000, p. 125. [“Diario de Leonora”, 21 de marzo de 1881].
- ⁴ Hugo Achugar, “El parnaso es la nación o reflexiones a propósito de la violencia y el simulacro”, en Beatriz González Stephan, Javier Lasarte y otros, *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, Equinoccio Universidad Simón Bolívar, 1995, p. 67.
- ⁵ Pedro Díaz Seijas, *Cecilio Acosta. El apóstol y el pensador*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1985, p. 33.
- ⁶ Virgilio Tosta, “Ideas educativas de don Cecilio Acosta”, en Varios autores, *16 estudios sobre Cecilio Acosta*, Los Teques, Ateneo de Los Teques, 1982, p. 195.
- ⁷ Elías Pino Iturrieta, *País archipiélago. Venezuela 1830-1858*, Caracas, Fundación Bigott, 2001. pp. 411-412.
- ⁸ Carlos Sandoval, en la nota que introduce este texto en su compilación de cuentos fantásticos venezolanos del siglo XIX, señala que “Los espectros que son y un espectro que ya va a ser”, “deviene, en la obra general de Cecilio Acosta, como una pieza rara y solitaria”, véase *Días de espanto*, Caracas, UCV-Comisión de Estudios de Postgrado, 2000, p. 151.
- ⁹ Cecilio Acosta, “Cosas sabidas y cosas por saberse”, *Cecilio Acosta*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1963, p. 165 [Col. Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua, 3].
- ¹⁰ Sandoval, *op. cit.*, p. 157.
- ¹¹ Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 1972, p. 53.
- ¹² Picón Febres, p. 61.
- ¹³ Picón Febres, pp. 90-95.
- ¹⁴ Picón Febres, pp. 94-95.

Referencias bibliográficas

- Achugar, Hugo, “El parnaso es la nación o reflexiones a propósito de la violencia y el simulacro”, en Beatriz González Stephan, Javier Lasarte y otros, *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, Equinoccio-Universidad Simón Bolívar, 1995, pp. 53-70.
- Acosta, Cecilio, “Carta a don R. J. Cuervo”, Caracas, 15 de febrero de 1878, *Obras Completas*, Caracas, Empresa El Cojo, 1908-1909, Vol. III, p. 17.
- Acosta, Cecilio, “Cosas sabidas y cosas por saberse”, *Cecilio Acosta*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1963, pp. 155-175 [Col. Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua, 3].
- Antillano, Laura, *Solitaria solidaria*, 2ª ed. Mérida, El Otro el Mismo, 2000.
- Díaz Seijas, Pedro, *Cecilio Acosta. El apóstol y el pensador*, Los Teques, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1985.
- Martí, José, “Cecilio Acosta”, *Obras escogidas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, t. I, pp. 181-193.
- Picón Febres, Gonzalo, *La literatura venezolana en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 1972.
- Pino Iturrieta, Elías, *País archipiélago*, Caracas, Fundación Bigott, 2001.
- Sandoval, Carlos, *Días de espanto*, Caracas, UCV-Comisión de Estudios de Postgrado, 2000.
- Tosta, Virgilio, “Ideas educativas de don Cecilio Acosta”, en Varios autores, *16 estudios sobre Cecilio Acosta*, Los Teques, Ateneo de Los Teques, 1982.